

INTRODUCCIÓN

A MODO DE PRESENTACIÓN

Pável Florenski es una de las figuras más asombrosas y fascinantes de la cultura rusa del siglo XX. La diversidad de sus saberes y conocimientos le ha merecido el sobrenombre de «Leonardo ruso», y la rara combinación de pensamiento filosófico y talento matemático el de «Pascal ruso». El ámbito de sus actividades e intereses es inmenso, casi inabarcable; la simple enumeración de sus obras y de los campos de los que se ocupó llenaría páginas enteras. No obstante, Florenski es ante todo filósofo de la ciencia, físico, matemático, ingeniero electrónico, epistemólogo, archivero, inventor, filósofo de la religión, teólogo, teórico del arte y de la filosofía del lenguaje, estudioso de la estética y de la semiótica, poeta, historiador del arte, escritor de talento, lingüista; cabe añadir, además, que dominaba el griego, el latín, diversas lenguas europeas y caucásicas, del Irán y de la India.

En una carta expedida desde el campo de concentración de las Solovki, el 13 de mayo de 1937, y dirigida a su hijo Kirill, Florenski desglosa del siguiente modo las distintas cuestiones y temas que le interesaron a lo largo de su vida (es una lista hecha a vuelapluma):

En *matemáticas*: 1) Los conceptos matemáticos como elementos constitutivos de la filosofía (discontinuidad, funciones, etc.). 2) La teoría de los conjuntos y la teoría de las funciones de las variables reales. 3) Los imaginarios geométricos. 4) La individualidad de los números (número-forma). 5) El estudio de las curvas *in concreto*. 6) Los métodos de análisis de la forma. En *filosofía e historia de la filosofía*: 1) Las raíces culturales de los orígenes de la filosofía. 2) La base cultural y artística de las categorías. 3) Las antinomias de la razón. 4) El estudio histórico-filológico-lingüístico de la terminología. 5) Las bases materiales de la antropodicea. 6) La realidad del espacio y del tiempo. En *crítica de arte*: 1) Los métodos de descripción y datación de los objetos del arte antiguo ruso (tallas, artículos de joyería, pintura). 2) La espacialidad en las obras de arte, principalmente en las artes figurativas. En *electrotécnica*: 1) El estudio de los campos eléctricos. 2) Los métodos del análisis de los materiales eléctricos: la base científica de los materiales eléctricos. 3) El significado de las estructuras de los materiales eléctricos. 4) La difusión y elaboración de los elementos de la depolarización aérea. 7) Las clasificaciones y la estandarización de materiales, elementos, etc. 8) El estudio de los minerales de carbono como grupo. 9) El estudio de una serie de rocas. 10) El estudio sistemático de la mica y el descubrimiento de su estructura. 11) El estudio de los suelos y de los terrenos. Etcétera. Además, hay que poner aparte la física del hielo y el empleo de las algas.

Pável Florenski nació el 9 de enero de 1882 cerca de Evlaj (Azerbaiyán). Su padre era un ingeniero civil de origen ruso; su madre procedía de una familia armenia de rancio abolengo. Florenski pasó su infancia y adolescencia en Tbilisi y Batumi (Georgia), lugares que dejarían una profunda huella en su recuerdo, como se refleja en algunas de las cartas que escribió desde el Gulag y sobre todo en el libro *A mis hijos. Memorias de los días pasados*. Como describe con espléndido detalle y extraordinaria penetración en esa última obra, su familia apenas mantenía contactos con el exterior y vivía en un mundo propio, independiente y autosuficiente. Ese alejamiento no sólo se debía al escaso aprecio de sus padres por la compañía humana y las convenciones sociales, sino también a las diferencias insalvables que se habían creado entre

la madre de Florenski y el padre de ésta por la decisión de la joven de contraer matrimonio con un ruso sin posición ni título ni medios. Esa ruptura dejaría en la madre de Florenski un poso de rencor y amargura que la llevaría a encerrarse cada vez más en sí misma y en su familia; además, su rechazo, su recelo y su desprecio contribuyeron a reforzar la desconfianza innata del padre de Florenski por el ser humano, de tal manera que con el paso del tiempo esa actitud huraña y ese retraimiento, en los que se entreveraban a partes iguales cierto orgullo desdeñoso y una vulnerabilidad exacerbada, acabaron convirtiéndose en una norma de vida de toda la familia.

En casa de los Florenski regían reglas y normas propias, así como una escala de valores particular, según la cual no sólo ciertas palabras e ideas –incluida la religión– se consideraban de mal gusto, sino hasta algunos colores, prendas de ropa, actitudes y conocimientos. En sus recuerdos de infancia Florenski comenta:

En la renuencia de mi madre a pronunciar una sola palabra en armenio o a hablar y leer sobre Armenia o sobre los armenios, así como a llevarnos a una iglesia armenia, aunque sólo fuera por curiosidad, siempre intuí algo más profundo que simple alejamiento o falta de interés. Mi madre temía todo lo que estaba ligado a Armenia; posteriormente, por irradiación, ese temor se propagó en primer lugar al Cáucaso y en segundo a la nación y al Estado; a continuación, a la religión y, en particular, a la familia.

En consecuencia, Florenski, de niño, no frecuentó la iglesia: «No me llevaban a la iglesia, no hablaba con nadie de argumentos religiosos; ni siquiera sabía hacer la señal de la cruz». Esa situación no obedecía a una especial intolerancia religiosa de los padres, sino que, más bien, era consecuencia del carácter mixto del matrimonio y de las renunciaciones y dolores que había comportado. Sobre este asunto escribe Florenski:

Si mi madre se situaba fuera de la Iglesia armenia y, por tanto, no deseaba afirmar la pertenencia a su pueblo –y mediante ella la

pertenencia a su familia—, mi padre se mantenía alejado de la Iglesia rusa no sólo de hecho, sino de modo más consciente, para evitar subrayar con ello su origen ruso. Mi madre tenía sus motivos para no ponernos en contacto con los usos religiosos armenios; mi padre no deseaba un contacto análogo con la religión ortodoxa por delicadeza hacia mi madre.

En definitiva, estimulado sobre todo por el padre, Florenski creció en un ambiente dominado por la ciencia y los experimentos científicos, rico en cultura, saberes y erudición y pobre en contactos humanos. Llegó a confesar que:

Las personas no me gustaban; o mejor, no es que me fueran hostiles, sino que aceptaba cuanto tenían de bueno como una bocanada de aire fresco y no me dignaba a despreciar cuanto poseían de malo, relacionándome con ellos de modo más abstracto que real. Hasta con los animales, con los mamíferos, adoptaba una actitud bastante indiferente, pues intuía en ellos un parentesco demasiado estrecho con el hombre. En cambio, me gustaban el aire, el viento, las nubes; me resultaban cercanas las rocas, sentía espiritualmente afines los minerales, sobre todo los cristales, amaba las aves, pero por encima de todas las cosas las plantas y el mar.

Florenski cursó estudios secundarios en Tbilisi y más tarde se matriculó en el departamento de Física y Matemáticas de la Universidad de Moscú, donde se doctoró en 1904 con una tesis titulada *Sobre las características de las curvas planas como lugares en los que se incumple el principio de continuidad*.

Al acabar los estudios universitarios, renunció a una brillante carrera académica y se inscribió en la Academia Teológica de Moscú. Esa sorprendente decisión venía incubándose desde la adolescencia, con su anhelante búsqueda de la Verdad, que Florenski no encontraba en sus infinitas actividades científicas, en su acumulación insaciable de conocimientos. En *A mis hijos. Memorias de los días pasados* Florenski relata una extraña experiencia, una especie de conversión, aunque su aceptación de la religión no fue inmediata, sino gradual:

Dormía con un sueño profundísimo, semejante a un desfallecimiento, hasta el punto de que ni siquiera soñaba, o, al menos, me olvidaba de mis sueños al despertar. Igualmente fuerte era la sensación o, mejor dicho, la percepción mística de la oscuridad, del no ser, de la clausura... Era una sensación semejante a la del hombre que ha sido sepultado vivo y siente por encima de él verostas y verostas* de tierra impenetrable. Frente a esa oscuridad hasta la noche más negra parecía luminosa; era una oscuridad espesa y densa, una tiniebla absoluta que me envolvía y me sofocaba... Con una firmeza que no admitía dudas sentía la impotencia de cuanto me había interesado hasta aquel momento en la zona de oscuridad en la que había caído. Allí estaban *mis* necesidades, *mis* sufrimientos. Evidentemente también debían estar mis recursos y mis gozos. Los estaba buscando, pero no los encontraba; me lanzaba hacia la salida, pero chocaba con las paredes y me perdía entre subterráneos y pasadizos. Fui presa de una gran desesperación y tuve que admitir la imposibilidad de salir de allí, la evidencia de haber quedado separado definitivamente del mundo visible. En ese instante un rayo sutilísimo, que era o una luz invisible o un sonido imperceptible, me comunicó un nombre: *Dios*. No era todavía una iluminación ni un renacimiento, sino simplemente la noticia de una posible luz. No obstante, contenía la esperanza y al mismo tiempo la conciencia tumultuosa e imprevista de que la muerte o la salvación estaban en ese nombre y en ninguna otra parte. No sabía qué hacer para salvarme. No comprendía dónde había acabado y por qué en ese lugar las cosas de la tierra no tenían efecto. Pero me encontré cara a cara con un hecho nuevo, tan incomprensible como indiscutible: existía un reino de las tinieblas y de la muerte y de él venía la salvación. Fue una revelación imprevista, como en las montañas, cuando, en medio de un mar de niebla, se abre un resquicio y asoma de improviso un precipicio amenazante. Para mí fue una *revelación*, un descubrimiento, un *shock*, un golpe. Gracias a ese golpe me desperté de repente, como sacudido por una fuerza externa y sin saber por qué, pero, extrayendo las conclusiones de cuanto me había sucedido, grité por toda la habitación: «No, no se puede vivir sin Dios».

* Medida itineraria rusa, equivalente a 1.067 metros. (N. d. T.)

Florenski se refiere a su angustia y desconcierto de esos años con una fórmula concisa y lapidaria: «Era una oscilación extenuante entre el saber que existe, pero no sirve, y el saber necesario que no existe». En la Academia Teológica de Moscú entró en contacto con un hombre que iba a ejercer una notable influencia en su vida, el *starets* Isidoro, del que más tarde escribiría una breve biografía con el título de *La sal de la tierra*.

En 1905 participó, junto a Serguéi Bulgákov y otros, en la organización «Fraternidad por el combate cristiano» y al año siguiente pronunció el sermón «El grito de sangre», condenando la ejecución del teniente Schmidt, que le valió su ingreso en prisión, aunque fue liberado unos días más tarde.

En 1908 puso fin a sus estudios de teología con una tesis titulada *La verdad religiosa*, primera versión de su obra más importante en el campo del pensamiento, *La columna y el fundamento de la verdad* (tratado muy original, concebido en forma de doce cartas a un amigo, que resume sus conocimientos de teología, patrística, matemáticas, ciencias, medicina, historia, lingüística y arte), cuya versión definitiva vio la luz en 1914. Poco después, en septiembre, se le asignó la cátedra de Historia de la Filosofía en la Academia de Teología. En esos años frecuentó los círculos simbolistas y a algunos de sus representantes más sobresalientes, en especial el poeta y novelista Andréi Bieli, con quien mantuvo una estrecha amistad, aunque la evolución posterior de uno y otro acabó separándolos. El simbolismo dejaría una impronta indeleble en su concepción de la naturaleza y en sus ensayos sobre arte, como se refleja en *Los signos celestes (Reflexiones sobre el carácter simbólico de los colores)*. En esa época también mantuvo contactos con el círculo eslavófilo de Novosélov y sus ideas de entonces adquirieron cierto toque nacionalista.

En sus primeros años de actividad docente sufrió una profunda depresión, una dolorosa crisis: «Me dan náuseas la cultura y la sofisticación –llegó a escribir–. Anhele la simplicidad».

El 23 de agosto de 1910 se casó con Anna Mijáilovna Giatsintova (1889-1973), hermana de un compañero de seminario. Al año

siguiente nació su primogénito Vasili y en 1911 fue consagrado sacerdote.

En una época de especializaciones, de fragmentación de los saberes en compartimentos cada vez más angostos, Florenski trata de abarcar todas las disciplinas y ordenar la realidad en una visión de conjunto. En una carta enviada desde las Solovki y dirigida a su hijo Kirill escribe:

He indagado el mundo como un todo, como un solo cuadro y una sola realidad, pero en cada momento dado o, mejor dicho, en cada etapa de mi vida, desde un punto de vista determinado. Examinaba las relaciones del mundo seccionándolo en una dirección particular, en un plano particular, y trataba de comprender la estructura del mundo a partir de la característica que me ocupaba en esa etapa de mi vida. Los planos cambiaban, pero, en lugar de anularse, se enriquecían mutuamente, pues el cambio favorecía una continua dialéctica del pensamiento (el cambio de los planos en examen, mientras al mismo tiempo veía el mundo como un todo).

Entre 1912 y 1917 (año en que los bolcheviques la cerraron) fue director de la revista «Bogoslovski Vestnik» (*El Mensajero Teológico*), en la que escribió diversos artículos. En esa época también publicó tratados en el campo de las matemáticas, la lingüística y las ciencias aplicadas. De 1915 es uno de sus ensayos fundamentales, *El sentido del idealismo*.

En 1918 se convirtió en secretario científico de la Comisión de salvamento de los monumentos de arte antiguo del monasterio de la Trinidad-San Sergio. Desde su cargo defiende el carácter integral de la obra de arte, que no debe entenderse como una pieza autónoma, sino relacionada con un ámbito o marco concreto y que requiere, por tanto, unas condiciones específicas para revelar toda su belleza y significado. Esa interesante concepción se explicita sobre todo en el ensayo *La liturgia como síntesis de las artes*, en el que Florenski aclara:

La obra de arte vive y requiere condiciones particulares para poder manifestarse... La vida del arte depende del grado de fusión en-

tre las impresiones y los modos de expresión. El arte verdadero es la unidad de contenido y de los modos de expresión de ese contenido, pero esos modos de expresión pueden entenderse de una manera simplista, que pone de manifiesto *una sola* faceta de un todo, de un conjunto. Se toma un solo aspecto de ese todo, como si tuviera una vida independiente de las otras facetas del conjunto, cuando en realidad no es más que una ficción, pues *fuera* de un conjunto carece de realidad, como un color aislado de un cuadro o unos sonidos aislados de una sinfonía no constituyen una realidad estética. Y si el esteta se basa en esa percepción simplificada y trata de cortar los hilos, o más bien las arterias, los vasos sanguíneos que unen entre sí los diversos aspectos de una obra de arte, aspectos en los que él, el esteta, no ha reparado, destruye la unidad de contenido y de los medios de expresión, destruye el *estilo* de la obra de arte o lo desfigura; y, al despojar a la obra de su estilo, la priva de su autenticidad. La obra de arte, repitámoslo, sólo existe como tal en la plenitud de las condiciones indispensables para su existencia, que han presidido su nacimiento. Al suprimir una parte de esas condiciones, modificándolas, se priva a la obra de arte de su lugar en la vida, se la mutila, se la vuelve anti-artística. Los rasgos de un estilo heterogéneo, aportados en un estilo determinado, suelen resultar execrables si no se ha producido una *nueva* síntesis creadora. Una Afrodita con miriñaque sería tan insoportable como una marquesa del siglo XVIII en un aeroplano... Como todo el mundo sabe se necesita luz para el fenómeno estético de un cuadro o de una estatua, silencio para la música y espacio para la arquitectura, pero lo que ya no es tan evidente es que esas condiciones generales se acompañan de precisiones cualitativas, y que esas precisiones en absoluto son un mérito suplementario, una gentileza de quien las contempla, sino que constituyen parte integrante de la obra artística, que han sido previstas por su creador y que forman la prolongación de la obra... Por ejemplo, un cuadro debe estar alumbrado por luz muy precisa: difusa, blanca y no coloreada, de intensidad suficiente, homogénea y regular, etc.; sin esa luz, el cuadro, en tanto que objeto de arte y fenómeno estético, no vive. Alumbrar un cuadro con luz roja cuando ha sido creado para contemplarlo con luz blanca es matar el fenómeno estético propiamente dicho, pues el marco, la tela y los colores no forman la obra de arte. De la misma mane-

ra, admirar una obra arquitectónica en un espacio brumoso o escuchar un fragmento musical en una sala de acústica deplorable significa desfigurarse o anular el fenómeno estético... Tomemos por ejemplo el icono. Evidentemente, el modo de iluminación está lejos de ser indiferente; para la existencia artística del icono, su iluminación debe ser aquella para la que ha sido pintado. No es por tanto la luz difusa del taller o de la sala del museo, sino la luz irregular, vacilante y hasta temblorosa de la lamparilla, creada por el movimiento de la llama inquieta, que oscila al menor soplo de viento y tiene en cuenta ante todo los reflejos, los haces de luz a través del vidrio coloreado o tallado. Así, el icono sólo puede contemplarse como tal cuando la luz se estremece, vibra, se fracciona, irregular como una pulsación, rica en cálidos rayos prismáticos; una luz que todos perciben como viva, que caldea el alma y parece exhalar un cálido perfume.

Tras el cierre de la Academia de Teología, Florenski trabajó en instituciones científicas oficiales y enseñó teoría de la perspectiva en los Talleres Superiores Artísticos y Técnicos. Esos cursos se prolongaron hasta 1924. Fruto de su interés por el arte, nacieron dos obras interesantísimas en ese ámbito, *La perspectiva invertida* (1919), una curiosa crítica de la perspectiva de matriz renacentista, e *Iconostasio* (1922), que incluye una singular teoría sobre la interpretación de los sueños. Además, en esos años realizó importantes descubrimientos, adelantó en un ensayo el desarrollo de la cibernética y redactó una obra, *Dieléctricos*, que se convirtió en libro de texto.

A pesar de trabajar en organismos científicos oficiales, como el Glavelektro, del Consejo Central de Economía, seguía llevando sotana, cruz pectoral y birrete. Su atuendo le valió el despectivo apodo de «monje académico» y propició no pocas anécdotas, como la que relata Vitali Chentalinski en *De los archivos literarios del KGB*:

Un día, mucho antes de su desgracia (y bastante antes del comienzo de las persecuciones contra la Trinidad-San Sergio), León Trotski vio con extrañeza la sotana blanca de Florenski.

—¿Quién es? —preguntó.

El guía de la revolución mundial, que pensaba que sabía más que el rey Salomón, desempeñaba por entonces un montón de cargos. Dirigía también el Glavelektro y visitaba por ello el Instituto en el que trabajaba el sacerdote.

—Es el profesor Florenski —le dijeron.

—¡Ah, sí! Ya sé...

Trotsky se acercó a él y lo invitó a participar en un congreso de ingenieros.

—Como es natural, no vendrá usted vestido así...

—No he abjurado de mis valores y no puedo vestir de otra manera —replicó Florenski.

—Ah, no puede... Entonces vaya con esa ropa...

Cuando a Florenski le llegó el turno de intervenir en el congreso, un murmullo de asombro recorrió la sala: ¡un pope en la tribuna!

En 1925 fue nombrado ingeniero del Laboratorio de ensayos de materiales y en 1927 corredactor de la *Enciclopedia Técnica*, a la que contribuyó con 127 entradas.

Florenski tenía la piel atezada y una nariz prominente; era bajo de estatura y de constitución frágil. Llevaba pelo largo, barba, bigote y hablaba con voz serena y reposada. En las fotografías de la década de 1910 luce una mirada vaga, soñadora y ensimismada, que impresiona por su pureza y diafanidad.

PRIMER ARRESTO

Las autoridades soviéticas detuvieron por primera vez a Pável Florenski el 21 de mayo de 1928, al amanecer. La orden de arresto estaba firmada por Guénrij Yagoda en persona. Se le requisó, como material comprometedor, una medalla de la Cruz Roja y una fotografía del zar. Le interrogaron una sola vez, el 25 de mayo. Se le preguntó por la medalla y por la foto del zar («un recuerdo del obispo Antoni», según dijo Florenski), pero no se le sacó ningún comentario contrario al poder soviético. En realidad,

Florenski no mantenía una actitud hostil hacia los bolcheviques, a pesar de la declarada inquina de éstos por la Iglesia y los valores del culto. Esa actitud hundía sus raíces en dos motivaciones; la primera, de índole más general, afectaba a la Iglesia ortodoxa en su conjunto, totalmente sometida a los dictados del poder desde tiempos de Pedro el Grande e incapaz de reaccionar (salvo unas cuantas excepciones aisladas) a los ataques y las amenazas que se cernían sobre ella, como se pondría de manifiesto después de la detención y la muerte del patriarca Tijon en 1925. La segunda, de índole más personal, hacía referencia al desinterés de Florenski por la política y la consideración de que su deber era colaborar con el poder de turno, fuera de la naturaleza que fuese. Como dice Vitali Chentalinski:

Florenski no era un adversario declarado de la Revolución. No luchó contra el régimen soviético. Consideraba que una y otro eran inevitables, pero, a la vez, circunstancias externas que no primaban sobre asuntos más trascendentales. Para él, la voz de la eternidad sonaba más fuerte que la de la actualidad.

Durante el interrogatorio confesó incluso que se ocupaba de investigaciones secretas de carácter militar y añadió: «he iniciado esas investigaciones por propia iniciativa». Un año antes, en su *Autobiografía* había escrito:

Prácticamente no tengo nada que decir acerca de las cuestiones políticas. Dado mi carácter, mis ocupaciones y mi convicción, fundada en las lecciones de la Historia, de que los acontecimientos se desarrollan según leyes de dinámica social todavía no aclaradas, y no según la voluntad de los participantes, he rehuido siempre la lucha política y he considerado perjudicial que los hombres de ciencia, llamados a ser expertos imparciales, intervengan en ella. No he sido nunca miembro de ningún partido.

En Florenski se advierte esa fatal indiferencia de otros intelectuales rusos de la época ante unos acontecimientos que más adelante tendrían una influencia catastrófica en sus vidas. Un caso

paradigmático es Anna Ajmátova. Pero además, en el caso de Florenski podría hablarse incluso de colaboración activa con el régimen y también de una falta de correspondencia entre sus convicciones más íntimas y sus actos. Para tratar de salvar esa contradicción Chentalinski recurre a una fórmula extravagante y poco convincente. Según él se trata de «la polifonía típica de las gentes armoniosas». No obstante, unas páginas más adelante Chentalinski relata una conversación con los nietos de Florenski, el superior Andronik, profesor del Seminario mayor, y Pável Vasílievich Florenski, doctor en ciencias geológicas, en el transcurso de la cual éste último comentó: «Mi abuela Anna Mijáilovna [la mujer de Florenski] me dijo un día: ‘Me alegro de que Pavlusha ya no viva’. Yo me quedé muy impresionado y le pregunté por qué. ‘Porque estaría fabricando una bomba atómica’».

Ese primer arresto no tuvo mayores consecuencias y Florenski fue puesto en libertad, aunque se le prohibió vivir en «Moscú, Leningrado, Járkov, Odessa, Rostov del Don, así como en las regiones y distritos dependientes de esas ciudades». Florenski eligió como lugar de destierro Nizhni Nóvgorod (en donde décadas más tarde sería confinado Andréi Sájarov); no obstante, gracias a la intervención de Yekaterina Peshkova, exmujer de Gorki y directora de la Cruz Roja política, la condena fue anulada y Florenski pudo regresar a Moscú, donde retomó sus actividades científicas y sus experimentos.

Pasarían unos años de relativa calma, pero Florenski sabía que la cuchilla que estaba suspendida sobre su cuello caería más tarde o más temprano. Ya preso en las Solovki, rodeado de confidentes y espías que relataban a los mandos sus conversaciones y sus comentarios (gracias a esos soplones algunas opiniones de Florenski han llegado hasta nosotros), concluyó:

En los tiempos que corren se está más tranquilo en un campo de concentración. Al menos, no hay que estar pendiente cada noche de que lo detengan a uno. Porque así es como se vive cuando se está en libertad: en cuanto anochece ya está uno esperando la visita de los que te van a detener y te van a llevar a la Lubianka.

La década de 1930 es uno de los periodos más negros de la historia de Rusia. Después del asesinato en Leningrado del carismático dirigente local del partido Serguéi Kírov –que nunca ha sido aclarado del todo, aunque algunos atribuyen su planificación al propio Stalin– se desata por todo el país una oleada de terror sin precedentes, arbitrario, azaroso, implacable, que sacudió los cimientos mismos de los órganos de seguridad del Estado y las estructuras del poder. Dirigentes del partido, intelectuales y escritores, chekistas y matarifes, campesinos y simples obreros son detenidos en plena noche, a la luz del día, en su lugar de trabajo, en medio de un paseo, conducidos a la prisión de turno, torturados minuciosamente y obligados a firmar declaraciones falsas y truculentas, las más de las veces absurdas, que los adscribían a ficticios movimientos terroristas y organizaciones contrarrevolucionarias, partidos políticos inventados –cuyos supuestos miembros ni siquiera se conocían de vista–, células de sabotaje al servicio del capitalismo, la burguesía y los enemigos de clase. La casuística es inconmensurable, pero adelanto algunos casos a modo de ejemplo:

A Prójorov le condenaron por participar, con un grupo de ingenieros soviéticos, en un viaje de instrucción a Estados Unidos; a Olga Adamova-Sliozberg porque su marido, que trabajaba en la universidad, había sido arrestado; a Liudmila Jachatrian por haberse casado con un extranjero; al electricista Aleksandr Favorski, por criticar en el trabajo que la imagen de Stalin apareciera tan repulida en las fotografías cuando en realidad tenía el rostro picado de viruelas; a Olga Lobanova, por haber recibido una carta de un excompañero de la escuela que se había trasladado a China con su familia; al campesino Serioguin porque, cuando le dijeron que habían asesinado a Kírov, respondió, pensando que se trataba de un campesino de una aldea vecina, muerto en una reyerta: «¡Me importa un bledo!»; a los menores de edad Konkov, Barjatov, Póletáiev y Scheglov, por la preparación de un atentado contra Sta-

lin («antes de ser arrestado conocía sólo a dos de mis cómplices, mientras al tercero sólo lo conocí durante el traslado al lugar de detención; a los demás miembros del «grupúsculo terrorista» no los vi jamás, ni antes ni después del arresto», declararía más tarde Scheglov); a Irina Levítskaia, de veinte años, por ser hija de uno de los supuestos «asesinos» de Kírov (también arrestaron a su madre y a su hermana); a Nina, trabajadora de una fábrica, por no haber denunciado a un joven borracho que en el transcurso de una fiesta había proferido unas palabras contra Stalin. ¡Hasta la mujer de Kalinin, jefe del Estado, fue detenida, torturada y enviada a un campo!

A modo de colofón cito un fragmento de las memorias de Yuri Chirkov, tituladas *Todo sucedió así*:

El quince de mayo de 1935, mientras volvía de la escuela, un hombre vestido de uniforme me paró y me invitó a acompañarlo «un instante» al puesto de policía. Me quedé sorprendido, pero le seguí, sin saber que estaba iniciando un viaje de diecinueve años entre campos de concentración y lugares de deportación. Estudiante de quince años, fui acusado de terrorismo según los artículos 58-8, 10, 11.

La segunda detención de Florenski se produjo el 26 de febrero de 1933. En esta ocasión se le acusaba de pertenecer a un grupo «nacionalista, fascista y contrarrevolucionario», llamado «Partido para el renacimiento de Rusia». No sólo la acusación era una pura fantasía, sino que la existencia de la organización misma no pasaba de ser una quimera. No obstante, tras meses de detención en la Lubianka, Florenski acabó confesando todos los cargos que se le imputaban, hasta los más peregrinos. Lo hizo para facilitar la liberación de sus compañeros de infortunio y probablemente también porque estaba convencido de que su suerte estaba echada y no había escapatoria posible. Por los testimonios de los solpones de las Solovki sabemos cómo se desarrollaron los interrogatorios. En medio de una conversación mantenida el 10 de septiembre de 1935 y registrada por un confidente que emplea el nombre en clave de «Jopanin», Florenski comenta:

En la Lubianka querían que diera los nombres de la gente con la que había mantenido conversaciones contrarrevolucionarias. Después de que me negara obstinadamente, el oficial instructor acabó por decirme: «¡Sabemos perfectamente que usted no forma parte de ninguna organización y que no hace propaganda! Pero llegado el caso nuestros enemigos pueden fijarse en usted; y, si le proponen actuar contra el poder soviético, puede que usted no se resista...». Por eso se ponen penas tan largas. Es una política preventiva. El oficial me dijo lo siguiente: «No podemos actuar como el gobierno zarista, que perseguía por crímenes ya cometidos, sino que debemos prevenir esos crímenes. Si no, ¿qué pasaría? ¿Habíamos de esperar a que alguien cometiera un crimen para castigarlo? No, eso no sirve. Hay que ahogar el mal en el embrión. ¡Nuestra causa estará así más protegida!».

En ese sentido, en las indicaciones sobre el terror rojo, el chequista M. I. Lacis escribía:

En la instrucción del sumario no os propongáis buscar materiales o pruebas de que el acusado atentó de palabra o de obra contra el poder soviético. Vuestra primera pregunta será: ¿a qué clase pertenece, de dónde procede, qué estudios ha cursado, qué educación ha recibido? Ésas son las preguntas que deben determinar la suerte del acusado.

El 26 de julio de 1933 Florenski es condenado a diez años de trabajos forzados e inicia su peculiar peregrinación por varias islas del Archipiélago, cumpliendo una de las premisas que Aleksandr Solzhenitsin establece en *Archipiélago Gulag*, según la cual los presos rara vez cumplían su condena en un solo campo, sino que se veían inmersos en un continuo trasiego de un rincón a otro del inmenso territorio de la Unión. Antes de acabar en las Solovki, Florenski es enviado a la ciudad de Svobodni (que, por una cruel ironía, en ruso significa «libre»), en el extremo oriental de Siberia. Más adelante sería transferido a la ciudad de Skovorodínó, donde trabajaría en el Instituto Experimental de Estudios sobre el Hielo, realizando importantes experimentos y descubrimientos de líquidos anticongelantes.

En el verano de 1934 la dirección del campo le permitió recibir la visita de su mujer y de tres de sus hijos, Olga, Mijaíl y María-Tinatín. Olga redactó más tarde sus impresiones: «Partimos el 30 de junio. Viajamos durante dos semanas. Llegamos el día del santo de papá. Todo estaba lleno de flores... Papá fue a buscarnos. Había alquilado una habitación en una casa de campo. Nos quedamos en Skovorodinó hasta mediados de agosto». La víspera de la partida de su familia, Florenski fue metido en un vagón de ganado y trasladado a otro lugar. Jamás volvería a ver a los suyos.

Ese tipo de separaciones imprevistas e intempestivas no eran infrecuentes en el mundo descarnado de los campos. En las memorias del escritor Oleg Volkov se relata la dramática historia de Gueorgui Osorguin, encargado de la sección sanitaria de las Solovki (también Solzhenitsin ofrece una versión de ese suceso en *Archipiélago Gulag*):

Llegó de visita la mujer de Osorguin, con la que había vivido menos de dos años, pero a la que conocía de toda la vida. Sabía que se casaría con Lina Golítsina cuando ésta aún llevaba falda corta y trenzas. Él era diez años mayor... En el campo empezaron los arrestos antes de que todas las mujeres de visita abandonaran la isla. También Lina estaba en las Solovki. Difícilmente se sabrá nunca lo que sucedió después. Lo único cierto es que Gueorgui, ya detenido, fue liberado. Volvió junto a su mujer, que lo esperaba desde hacía rato con el ama en vilo; la tranquilizó, diciéndole que le había retenido un trabajo urgente y que todo iba bien. Pero añadió que ella debía marcharse, porque a partir de ese momento sólo se concederían visitas en el continente. Acompañó a Lina hasta la embarcación, le habló de un próximo encuentro y la saludó con la mano mientras se alejaba... Quizá dirigió una mirada a su alrededor, temiendo que lo detuviesen allí mismo, cuando ella aún podía verlo desde el puente... Dicen que Osorguin había dado su palabra al juez instructor de que, durante la despedida, no diría una palabra del arresto».

Osorguin sería fusilado sin más tardanza.

Se inicia para Florenski un viaje infernal por toda Siberia, hasta el «Punto de Tránsito y Distribución de Kem», en la orilla del

mar Blanco. Esos viajes en vagones de ganado constituían una tortura para los presos políticos, no sólo por la sed, el hambre y las incomodidades, sino también porque, siguiendo una iniciativa de las autoridades tendente a aterrorizar y arrancar de esos presos cualquier resto de autoestima y dignidad que pudiera quedarles, se mezclaba a intelectuales, profesores, sacerdotes y miembros del partido caídos en desgracia con criminales de la peor calaña, que los atacaban, intimidaban y despojaban de sus últimos objetos, dinero y prendas de ropa con la connivencia de los guardianes, con quienes repartían el botín. Lo mismo sucedía en las celdas y pabellones de los campos. En la primera carta que escribe desde el Punto de Tránsito y Distribución de Kem, Florenski informa de que de nuevo ha sido saqueado, en esta ocasión «por tres hombres armados con hachas».

Por lo demás el campo de Kem era un lugar inhóspito y desolado, unánimemente descrito por los supervivientes como un infierno en el que reinaban la arbitrariedad y la crueldad más inhumanas. Así lo presenta A. Klinger en sus memorias:

El campo se alza a la orilla del mar. Los edificios que lo componen, barracones de madera, fueron construidos en parte por el antiguo régimen zarista y en parte por los ingleses. Los barracones son una especie de cabañas-depósito, mal iluminados de día por unos estrechos ventanucos y de noche por una oscura lamparilla; las estufas de hierro han sido construidas en los últimos tiempos. Todos los barracones han sido levantados sobre un pantano; por eso se respira un aire malsano, cargado de humedad; en las paredes y en los techos aparecen manchas de humedad y de moho.

Curiosamente, según señalan Solzhenitsin y Lijachov, muchos guardias del campo (como sucedía también en las Solovki) eran antiguos oficiales blancos. Lijachov recuerda las palabras con las que se recibía a los presos:

¡En este lugar el poder no es de los soviets, sino de las Solovki!
¡Aquí la inspección no ha puesto nunca el pie! Hacemos lo que nos

da la gana. De modo que si digo: cuerpo a tierra, tú te tumbas. Y si digo: en pie, te levantas... En las cartas escribid sólo esto: 'Estoy vivo y sano, me encuentro bien'. Y todo esto sin darnos de comer hasta última hora de la tarde.

BREVE HISTORIA DE LAS SOLOVKI

Pável Florenski pisó por primera vez la orilla de la isla mayor de las Solovki en octubre de 1934. Nombre de ominosas resonancias para los habitantes de la Unión Soviética, su sola mención bastaba para causar estremecimientos y despertar toda suerte de temores, pues allí había surgido la primera isla del Archipiélago, el tristemente célebre SLON (*Solovietski Lager Osobogo Naznachenija*, Campo de Régimen Especial de las Solovki).

En realidad, el pasado de las islas era luminoso y su historia estaba llena de datos y hechos de importancia capital para el desarrollo espiritual y cultural del país.

Las islas Solovki se alzan en el mar Blanco a unos 160 kilómetros del círculo polar ártico. Allí las condiciones de vida son extremadamente duras: inviernos prolongados y fríos, meses enteros de oscuridad, tormentas de nieve y rachas de viento que imposibilitan las comunicaciones con el continente durante gran parte del año. No obstante, ya en el siglo XV llegaron a la isla en una baquichuela los monjes Savati y Germán, y al poco tiempo, en torno a la figura legendaria de Zosima, se organizó la primera comunidad monástica. Más adelante, bajo la supervisión de san Felipe Kolichev (1507-1569) se construyó el complejo arquitectónico central y se reestructuró la catedral de la Transfiguración, en aquella época la más alta de Rusia.

En ese rincón apartado e inhóspito los monjes desarrollaron una labor asombrosa: abrieron carreteras, comunicaron las islas mediante un sistema de diques, unieron los distintos lagos a través de numerosos canales y en el siglo XVI construyeron el primer puerto de piedra del país. Además, desarrollaron con impen-

sado éxito y desusada fortuna las artes de la pesca (el famoso «arenque de las Solovki» era un plato digno de la mesa de los zares), las labores agrícolas y la cría de animales.

Por otro lado, desde muy temprana época una ominosa sombra se proyecta sobre el archipiélago: entre las numerosas edificaciones y complejos arquitectónicos, los monjes levantaron una cárcel que, a lo largo de los siglos, sirvió de lugar de reclusión tanto de eclesiásticos como de presos laicos.

En el siglo XVII, durante el cisma que enfrentó a los partidarios del patriarca Nikon y a los defensores de la antigua fe, llamados «viejos creyentes», los monjes de las Solovki, fatalmente, tomaron partido por los segundos. Tropas moscovitas asediaron el monasterio durante ocho años. Cuando al final éste capituló, de los setenta defensores originarios sólo quedaban catorce con vida.

En 1920 en las Solovki se creó un campo de concentración para prisioneros de la guerra civil. En 1923 ese campo fue rebautizado con las siglas SLON, primer embrión del que después se desarrollaría el ambicioso cuerpo del Gulag. Aleksandr Solzhenitsin lo considera el tumor originario que, por metástasis, habría de propagar el cáncer del Archipiélago.

Como señala Yuri Brodski:

En el Gran Norte, lejos de ojos indiscretos, se elaboraba la organización de la vigilancia y la práctica sistemática de los fusilamientos, se definían las normas de alimentación y la técnica de enterramiento de los cadáveres, se estudiaban las posibilidades del empleo de mano de obra esclava. Los guardias de las Solovki, después de su experiencia en las islas, se convirtieron en dirigentes importantes del Gulag.

En definitiva, el Gulag nació en las Solovki. En principio Gulag es el acrónimo de *Glavnoie Upravlenie Lagueri*, es decir, Dirección General de los Campos de Concentración, pero, como señala Anne Applebaum, con el tiempo ha pasado a designar:

No sólo la dirección de los campos de concentración, sino también el propio sistema soviético de trabajo esclavo en todas sus for-

mas y variedades: campos de trabajo, campos de castigo, campos para delincuentes comunes y para presos políticos, campos para mujeres, campos para niños, campos de tránsito. Aún con más amplitud, Gulag ha acabado por designar el propio sistema represivo soviético, el conjunto de procedimientos que los prisioneros solían llamar 'trituradora de carne': los arrestos, los interrogatorios, el traslado en vagones de ganado sin calefacción, el trabajo forzado, la destrucción de las familias, los años pasados en el destierro, las muertes prematuras e innecesarias.

Hasta su desmantelamiento en 1939, el campo de las Solovki pasó por diversas etapas, cada una con rasgos propios y diferenciados. En una primera época se concibió como un lugar de castigo y aislamiento, donde poder confinar a los enemigos reales y «potenciales» del régimen; en aquellos primeros años esa «potencialidad» se definía básicamente por el origen o bien por la profesión, y afectaba por igual a aristócratas y sacerdotes, burgueses y comerciantes, propietarios de pisos y de tierras, y en no menor medida a intelectuales, artistas, profesores y escritores, por los que Lenin sintió siempre un odio visceral; cuando hablaba de ellos su lenguaje se llenaba de exabruptos, amenazas e improperios. Cito, a modo de ejemplo, una carta de 1919 dirigida a Gorki, que se había quejado al líder máximo de la detención de algunos intelectuales:

La estancia provisional en prisión... de algunas decenas (¡y aunque fueran centenares!) de caballeritos «cadetes» y «pro-cadetes...» ¡Menuda desgracia! ¡Vaya una injusticia! Las fuerzas obreras y campesinas se amplían y se robustecen en la lucha por derribar a la burguesía y a sus cómplices: esos intelectualillos, larvas del capital, que se creen el cerebro de la nación. En realidad no son el cerebro, sino la mierda.

A ese respecto conviene recordar que ya en 1918 Lenin propugna en sus telegramas y comunicados no sólo el fusilamiento y el ahorcamiento de los enemigos del régimen (siempre definidos

en términos vagos, de manera que casi cualquier individuo molesto pudiera entrar en esa categoría), sino que ya en época tan temprana emplea el término «campos de concentración», como también Trotski.

En esa primera fase las Solovki fueron el reino de la arbitrariedad, de la sevicia, del desenfreno y del horror. En *Archipiélago Gulag* Solzhenitsin describe varios casos concretos de crímenes atroces. El rumor de esos excesos y crueldades fue el que cimentó la fama siniestra de que gozaba el campo en todo el país. Torturas y malos tratos, vejaciones y sufrimientos, ejecuciones y fusilamientos irregulares puntearon la vida de los prisioneros a lo largo de todos esos años. Borís Shiriáiev cuenta que, cuando llegó a las Solovki con un grupo de detenidos, un esbirro los iba llamando uno por uno. El preso tenía que acercarse a la ventana desde la que contemplaba la escena el jefe del campo Nogtev. Al hombre que nombraron antes de Shiriáiev, Nogtev lo mató de un disparo, sin que mediara una sola palabra. Cuenta Shiriáiev que:

Más tarde nos enteramos de que la misma escena se repetía poco más o menos con cada nuevo contingente. Nogtev mataba personalmente a uno o dos de los recién llegados, a los que elegía él mismo. No lo hacía por crueldad personal... Con esos disparos quería despertar un terror momentáneo en los recién llegados, inculcar en ellos la idea de que no tenían ningún derecho ni vía de salida, cortar de raíz cualquier posibilidad de protesta, anular la voluntad, instaurar un régimen de obediencia automática a la «ley de las Solovki». Solía matar oficiales, pero a veces disparaba también contra sacerdotes o delincuentes comunes que hubieran llamado su atención.

A algunos presos les ordenaban cavar su propia tumba y luego los despachaban con un disparo en la nuca; a otros los obligaban a enterrar decenas de cadáveres en fosas comunes. Vaclav Dvorzhetski relata cómo, una jornada de primavera, lo llevaron a los alrededores de un bosque en compañía de otros presos. De pronto vio una especie de protuberancias sobre la nieve:

¿Qué es eso? ¿Tocones ennegrecidos? ¡No, son hombres! Desnudos, muertos, congelados... Hombres por todas partes, a uno y otro lado, en las posturas más inverosímiles; bajo la nieve afloran rodillas, brazos, piernas, cabezas, espaldas. Seguimos avanzando por la nieve inmaculada... Los cadáveres se vuelven cada vez más numerosos bajo la nieve, bajo nuestros pies... uno sobre otro...

Los guardias de la escolta explican a los prisioneros que deben enterrar los cadáveres en una fosa y, para estimularlos, les prometen doble ración de comida y un premio.

Volvemos a la habitación. Nos distribuyen un kilo de pan y una torta rellena de col por cabeza. Pero no hemos podido lavarnos las manos... Nos espera una noche terrible... Y no nos hemos lavado las manos... Esta noche ni siquiera las chinces se mueven... No nos devoran... Poder dormir... ¡dormir! Pero tenemos siempre delante esas «sepulturas», el modo en que arrastrábamos los cuerpos retorcidos y desnudos por los pies y por los brazos; tirábamos de ellos con gran esfuerzo y los arrojábamos a la fosa, pero ellos «se agarraban», se oponían... ¡nos miraban! ¡Los ojos, sus ojos, se clavaban en los tuyos como si estuviesen vivos...! Son todo ojos... esos esqueletos revestidos de piel... ¡Hombres, ex hombres! ¿Por qué? ¿De dónde vienen? En el bosque disparaban a los «irreductibles», eso lo sabíamos todos. ¡Pero uno, dos, cinco! ¡Aquí hay muchísimos, centenares! ¿De dónde vienen? En el campo había unos 10.000 hombres. Además de nuestra cárcel de castigo, en la zona había otros dos barracones de gente «no destinada al trabajo»: la cárcel de aislamiento de los sífilíticos y de los enfermos contagiosos y el barracón de la Sección sanitaria. Sabíamos que los cadáveres procedentes de la cárcel de aislamiento eran incinerados, ¡de modo que la auténtica trituradora de carne era la Sección sanitaria! ¡Todos los agonizantes acaban allí! ¡Acaban allí quienes durante el recuento caen al suelo extenuados, quienes durante la inspección no consiguen levantarse de la tarima! Así pues, el barracón de la Sección sanitaria está hasta los topes, no cabe un alfiler. En ese lugar imponen su ley unos delincuentes sanos y robustos: los «enfermeros» y el «oficial sanitario». Son los amos absolutos. El oficial sanitario se abre paso entre las filas de esos pobres desahuciados

con su cortejo de enfermeros e indica en voz baja a quiénes «hay que dar de baja». Los enfermeros, entonces, arrastran a los «elegidos» a la cámara mortuoria.

—¡Pero aún estoy vivo!

—¿Acaso sabes más que el médico?

¡De ahí venían esos centenares de hombres! Los habían arrojado en la fosa, pero ellos se habían arrastrado fuera. Allí estaban, cientos, miles de ex hombres retorcidos, ennegrecidos, «polvo de Gulag»...

¡No consigo dormir...! ¡No consigo dormir de ninguna manera!

Los fusilamientos no sólo tenían por objeto acabar con la víctima, sino también aterrorizar al superviviente, que vivía con el alma en vilo, temiendo que fueran a buscarlo a su barracón, que lo incluyeran en alguna lista, que alguno de los guardianes pronunciara su nombre. Ese terror espantoso, esa torturadora angustia se hacían especialmente intolerables por la noche. Escribe Yemelián Soloviov:

Las noches son el momento más terrible para los detenidos. De noche suelen efectuarse inspecciones y registros generales en las compañías después de los cuales muchos pueden esperar la muerte. Los «traslados» de una compañía a otra, de un trabajo a otro, de un reparto a otro se hacen siempre de noche, de ese modo la jornada laboral no sufre mermas y se aumenta la impresión moral.

El siguiente testimonio es de Scheglov:

Podíamos saber cuándo tenían lugar los fusilamientos. Junto a la central eléctrica había un baño de vapor para los jefes. Funcionaba en días determinados, pero algunas veces nos ordenaban abrir el agua caliente en medio de la noche. Eran los asesinos que se lavaban después de los fusilamientos...

No obstante, a veces los fusilamientos tenían lugar de día, según cuenta Lijachov:

... para impresionar a la masa de detenidos. A la víctima elegida le ataban las manos a la espalda con una cuerda y a continuación la

arrastraban por el patio hasta la puerta del Campanario. En la Fortaleza se detenía todo movimiento. Dos «bombones», es decir, dos balas en la cabeza de cada condenado; luego llegaba el caballo con la caja (de ahí la expresión «bailar en la caja»), se cargaba a los muertos y se llamaba a las mujeres de la limpieza para que limpiaran de sangre el empedrado.

La situación de las mujeres requeriría un estudio aparte, pero para dar una idea general de su amargo destino cito el testimonio de Nikolái Zhilov, médico del campo, detenido en las Solovki entre 1929 y 1935:

En cuanto a las mujeres, su suerte era mucho más dura y amarga que la de los hombres. De hecho, para las mujeres ingresar en el campo equivalía a ser vendidas en un mercado de esclavas. La trata de mujeres se inicia con la llegada de algún contingente. En ese momento acuden los jefes y los funcionarios... Centenares de ojos ávidos y libidinosos sopesan a las mujeres, eligiéndolas y valorándolas. Después la Sección administrativa las separa, asignándoles trabajos según las peticiones de los adquirentes. Entonces se inicia el juego del gato y el ratón. Dada la situación en la que se encuentran las mujeres, el gato siempre acaba por atrapar al ratón, por mucho que éste trate de evitarlo. Es inevitable. La mujer pasa de mano en mano, cae cada vez más bajo, perdiendo su dignidad humana y transformándose gradualmente en una mercancía viva.

En las Solovki también había campos de menores.

A partir de 1929 Stalin decidió emplear el trabajo forzado en la industrialización y la explotación de los recursos naturales. El objetivo de los campos deja de ser punitivo y pasa a ser económico, o, más bien, trata de combinar ambas aspiraciones, preservando la vida del detenido y sometándolo a un trabajo brutal. Se trataba de exprimir al máximo la fuerza de unos trabajadores esclavos, y todo el funcionamiento de la maquinaria del Gulag se encaminó a ese objetivo. Dejó de regir una ración alimentaria equitativa y se instauró un nuevo sistema que se explicitaba en la

siguiente fórmula: «tanto trabajas tanto comes». Se establecieron unos parámetros de trabajo desmesurados, inasumibles (no sólo por la cantidad en sí, sino también por la falta de instrumentos y herramientas apropiados, las durísimas condiciones climáticas y la carencia de ropas y calzado adecuados) y aquél que no las cumplía recibía una ración paupérrima de comida, que le condenaba a una muerte lenta pero segura. Las jornadas laborables eran terribles, a veces de diez o doce horas, en condiciones inhumanas (hay ecos de esas agotadoras sesiones de trabajo en las cartas de Florenski). Los presos, hambrientos, exhaustos, atenazados de frío, se ocupaban de tareas durísimas como la tala de árboles, la construcción de carreteras y de vías férreas en terrenos pantanosos o en plena taiga; incluso llegaron a ser empleados como bestias de tiro y designados, con esa manía de los mandos por las siglas y los acrónimos, con el nombre de TEFD (Temporalmente en funciones de caballo). Uncían a los presos a trineos cargados hasta los topes de ladrillos, cinco hombres por cada trineo. Según el testimonio de Dmitri Lijachov: «Los ataban a los trineos y les hacían correr durante diez kilómetros por la nieve fresca». No en vano se había impuesto la norma del sádico Frenkel de sacar el máximo partido de los detenidos en los tres primeros meses, pues después se convertían en una mercancía devaluada y, o bien morían, o quedaban lisiados o enfermaban de forma irreparable por el hambre, las epidemias y el agotamiento.

En esa época grandes contingentes de presos pasaron al continente para trabajar en obras faraónicas y de escasa aplicación práctica, como la construcción del canal que comunicaría el mar Báltico con el mar Blanco (Belomorkanal), que Stalin ordenó construir en sólo veinte meses. Ese canal no sería de ninguna utilidad, pues con las prisas lo construyeron con un calado de apenas cuatro metros y, en consecuencia, la mayoría de las embarcaciones no pueden atravesarlo. El empleo masivo de mano de obra esclava, el desprecio por la vida individual, la crueldad y el tamaño desmesurado de la empresa hacen pensar en las pirámides, pero, como señala Aleksandr Solzhenitsin, «éstas se levantaron

de acuerdo con la técnica más avanzada del momento. ¡En cambio, nosotros retrocedimos cuarenta siglos!».

El 17 de agosto de 1933 Gorki comandó una comitiva de escritores (entre los que se encontraban Víktor Schklowski, Vsévolod Ivánov, Mijaíl Zóschenko o Alekséi Tolstoi) invitada a dar un alegre paseo en barco por el recién inaugurado canal, construido con el sudor, la sangre y la vida de cientos de presos, entre ellos no pocos intelectuales y artistas. Los escritores quedaron encantados y a la vuelta, por indicación de Gorki, escribieron un libro sobre el canal lleno de elogios y alabanzas a Stalin (colaboraron ochenta y cuatro de los ciento veinte que lo acompañaron), encabezado por un prólogo del propio Gorki, que a lo largo del viaje estuvo acompañado de los peores esbirros del GPU (Gosudarstvennoe Poticheskoe Upravleine)*. En el discurso que pronunció durante la visita Gorki exclamó:

¡Me siento lleno de alegría y asombro! Desde 1928 vengo observando cómo el GPU reeduca a los hombres y todo esto no puede dejar de conmoverme. ¡Verdaderamente habéis hecho una obra grande, grandísima...! Me congratulo con los agentes del GPU por su extraordinario trabajo. Me congratulo con nuestro sabio partido y su guía, ese hombre de hierro que es el camarada Stalin.

Solzhenitshin, en *Archipiélago Gulag*, incluye el testimonio directo del preso D.P. Vitkovski, que participó en «esa obra grande, grandísima»:

Al finalizar la jornada de trabajo, el lugar queda sembrado de cadáveres. Una fina capa de nieve va cubriendo lentamente sus rostros. Hay quien se acurruca bajo la carretilla volcada, mete las manos en las mangas y así se congela. Hay quien se queda helado con la cabeza escondida entre las rodillas. Allí hay dos, espalda contra espalda, que quedaron convertidos en un bloque de hielo. Son jóve-

* Policía de la antigua Unión Soviética entre 1922 y 1934, denominada Dirección Política del Estado (N. d. T.)

nes campesinos, los mejores trabajadores que uno pueda imaginar. Los mandan al canal a decenas, a miles, y tratan de que padres e hijos no estén nunca juntos en el campo: los separan. Y desde el primer momento les fijan una norma de producción tan exagerada que ni en verano se podría cumplir. No hay nadie que les enseñe, que los ponga sobre aviso; ellos siguen trabajando a su manera, a lo campesino, sin escatimar esfuerzos; así pronto se debilitan y terminan congelados, abrazados uno a otro. De noche pasan trineos para recogerlos. Los conductores arrojan los cadáveres en el trineo, con un sordo ruido de madera. En verano, de los cadáveres que no fueron recogidos a tiempo sólo quedan los huesos, que van a parar, junto con los cantos rodados, a la hormigonera. Ahí están ahora, mezclados con el hormigón de la última esclusa del Belomokanal.

Ya durante su ignominiosa visita a las Solovki en 1929 (en compañía de su hijo y de su nuera, ataviados con abrigo de cuero negro de chequistas) Gorki había elogiado a algunos de los más crueles verdugos del GPU, como Gleb Boki, inspector permanente del Campo de las Solovki, responsable directo de la muerte de un número incalculable de presos, sobre el que Gorki dijo en su discurso: «Junto a mí está sentado un hombre de la raza de los revolucionarios, de los bolcheviques de viejo cuño, indestructible. Conozco casi toda su vida, su trabajo y me gustaría expresar mi admiración y mi simpatía personal por los hombres como él». En cualquier caso, no se trataba de una reacción espontánea, en caliente, pues ya en frío, de vuelta en Moscú, Gorki escribió sus comentarios sobre la isla en la revista *Nuestros Chequistas*:

No logro expresar con palabras mis impresiones. Sería en verdad una vergüenza emplear alabanzas estereotipadas para ensalzar la energía asombrosa de unos hombres que, como centinelas vigilantes e incansables de la revolución, también saben ser excepcionales, intrépidos creadores de cultura. En la Unión de los Soviets Socialistas se reconoce que el «criminal» es una creación de la sociedad clasista, que la «delincuencia» es una enfermedad social que nace del terreno corrupto de la propiedad privada... El trabajador no puede

tratar a los «transgresores de la ley» con la misma severidad y crueldad que está obligado a emplear con sus naturales enemigos de clase que, como bien sabe, son irrecuperables... Me parece que la conclusión es evidente: los campos como las Solovki son indispensables.

Tal vez no esté de más añadir que, cuando Gorki escribía esa diatriba contra la propiedad privada y los enemigos de clase, vivía como un auténtico señor en un país devastado por el hambre, las epidemias y las detenciones. Stalin había puesto a su disposición un palacete a dos pasos del Kremlin, una dacha en los alrededores de Moscú y otra en Crimea, lo había rodeado de criados y servidores y le había concedido toda suerte de privilegios y prebendas. (Chentalinski ha desenterrado papeles que demuestran que el secretario de Gorki recibía divisas directamente de Guénrij Yagoda. En 1932, por ejemplo, recibió cuatro mil dólares para que Gorki se comprara un coche en el extranjero). Y todo eso cuando la mayoría de la población no tenía un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Según documentos de la propia administración de los campos, en noviembre de 1928 había en el SLON 20.244 presos, en abril de 1930, 57.323 y en mayo de 1931, 71.957. Soloviov calcula que hasta 1932 murieron en las Solovki entre cuarenta y cincuenta mil personas. En 1933, cuando Florenski llegó a las Solovki, la isla grande se había transformado en un centro de aislamiento para criminales políticos. Tal como revelan los datos oficiales, ese año el número de detenidos ascendía a 19.287. En ese momento las islas Solovki se habían convertido en un enclave privilegiado, pues en ellas se había concentrado una pléyade de hombres excepcionales: médicos, ingenieros, profesores, literatos, científicos, obispos, actores de renombre, historiadores y lingüistas.

En 1937, tras el entronizamiento de Yezhov como Comisario del Pueblo para Asuntos Internos, se produjeron una serie de fusilamientos masivos (de los que nos ocuparemos más adelante, pues Florenski fue uno de los numerosos detenidos que perdieron la vida en esas trágicas jornadas).

Después de esos tristes sucesos la Fortaleza se transformó en «prisión de destino especial». Para dejar sitio a los nuevos destinatarios de las instalaciones, se evacuó a los antiguos presos al continente. Chirkov cuenta cómo llegaron a la isla nuevos oficiales y mandos y cómo se realizaron a marchas forzadas los preparativos y transformaciones necesarios para albergar a los nuevos prisioneros: se pusieron rejas en las ventanas, se habilitaron celdas con tarimas, se talaron todos los árboles del patio y se construyeron torres de vigilancia.

El régimen de la cárcel era tan estricto como el que describe Yevguenia Guínzburg en *El vértigo*. Los presos sólo salían una vez al día para pasear, durante quince minutos, y otra para ir al servicio. Olga Adamova-Sliozberg pasó dos años en esa prisión de aislamiento: «No sé qué aspecto tienen las Solovki –escribió–. Llegamos de noche. De la celda sólo salíamos para pasear por el patio durante el cuarto de hora preceptivo y para ir al baño, pero siempre de noche». Según el escritor Anatoli Gorélov, en esa época había en la prisión de las Solovki:

... combatientes de las Brigadas Internacionales que habían luchado en España; allí se habían embarcado en nuestros navíos, que los habían llevado a la URSS... y a las Solovki. Había muchos comunistas alemanes que habían huido de Alemania para escapar de los nazis. Pero, ay, en la Unión Soviética les esperaban las Solovki; además, al cabo de un tiempo, Stalin restituyó algunos de esos comunistas a Hitler.

El reglamento de la cárcel de aislamiento era rígido y severo hasta límites insospechados. Durante el paseo estaba prohibido mirar el cielo (en la cárcel de Yaroslav en la que estuvo presa Yevguenia Guínzburg regía idéntica norma) e incluso toser, pues los vigilantes temían que los presos utilizasen esa estrategia para transmitirse mensajes. A los detenidos no se les llamaba por el nombre y el apellido, sino que cada uno tenía asignado un número. Borís Oliker (1910-1978), cirujano y vicecomisario de Sanidad

de Bielorrusia, que pasó veinte años entre centros de reclusión y lugares de deportación, escribe en sus memorias:

Poco a poco iba olvidando que existía también otro mundo, que era un médico especialista. Casi me había olvidado de mi apellido, pues en prisión nos llamaban por un número. Sabía mi número y cuando lo oía me presentaba corriendo... Lo que vi por causalidad en un espejo, al cabo de tres años, apenas guardaba semejanzas con la imagen de mí mismo que conservaba en el recuerdo.

En 1939 las autoridades decidieron dismantelar la prisión. La orden llevaba la firma de Lavrenti Beria y en ella se pedía que los detenidos fueran trasladados al continente (a las prisiones de Vladímir y Oriol) y que se cedieran todas las instalaciones, la central eléctrica, los aviones, las naves y la estación de radio al Comisariado del Pueblo de la Marina Militar.

En la actualidad las islas Solovki son un paraje tranquilo y apacible, en el que de vez en cuando despuntan, como miembros de un cadáver semienterrado, fragmentos e indicios de los antiguos campos: trazas de desmoronados recintos, restos herrumbrosos de alambre de espino, esqueletos podridos de torres de vigilancia, modestas cruces conmemorativas... En verano, algunos barcos de turistas se acercan a sus silenciosas costas para visitar la Fortaleza y el monasterio.

EL FINAL DE PÁVEL FLORENSKI

Durante decenios las circunstancias de la muerte de Pável Florenski han estado envueltas en el misterio. La fecha oficial de su fallecimiento era 1943, pero corrían al respecto diversos rumores e hipótesis. Solzhenitsin adelanta la siguiente versión en *Archipiélago Gulag*:

Después de la liquidación del campo de las Solovki, pasó al Gran Norte, según ciertos informes a Kolimá. Incluso allí estudiaba la flora y los minerales (además de su trabajo de pico y pala). No se conoce el

lugar ni la fecha de su muerte en el campo. Según ciertos rumores, fue fusilado durante la guerra. Otros rumores hablaban de que había fallecido cerca de Moscú, aplastado por un tronco; fusilado en Vorkutá.

El ensayo de Solzhenitsin vio la luz en 1973, más de treinta años después de la muerte de Florenski, de modo que los familiares vivieron no sólo años, sino décadas enteras atormentados por la angustia de la incertidumbre. En realidad, no recibieron noticias fidedignas sobre la suerte de Florenski hasta el 11 de enero de 1990, por medio de una carta del KGB de Moscú.

No hay nada sorprendente en esa demora. Los procesos de rehabilitación de las víctimas y la atención a los familiares se acompañan de rasgos y detalles casi tan vergonzosos y crueles como la propia historia de los campos: retrasos y posposiciones dignos de una obra de Kafka, malos modos, medias palabras, promesas incumplidas, compensaciones económicas irrisorias. Y todo ello al tiempo que buena parte de los antiguos verdugos gozaba de pensiones opulentas, ventajas y privilegios. A modo de ejemplo cito dos testimonios: Grigori Marchenko, internado en el campo de las Solovki en 1929, fue fusilado en 1937. Pero la hermana no se enteró de la noticia (por medio de una carta de la madre) hasta dos años después, mientras ella misma cumplía condena en los terribles campos de Kolimá. No obstante, en esa carta no se daban detalles del fallecimiento, ni de las circunstancias que lo acompañaron, ni se precisaba el lugar en que lo habían enterrado. Zoia Marchenko, esa mujer, narra lo siguiente:

En 1971 yo y mi hermana, fingiéndonos turistas, fuimos a las Solovki, esperando recabar alguna noticia sobre nuestro hermano, pero en las islas estaba prohibido interesarse por el campo... A nuestro alrededor todo estaba mudo. Mudos los muros, mudos los canales, mudas las torres. En Muksalma estaba muda la zahurda en la que había trabajado Grisha...

El segundo testimonio está tomado de las memorias de Olga Adamova-Sliozberg, que en 1954 había solicitado su rehabilita-

ción y la de su esposo. Al cabo de dos años de espera recibió un certificado en el que se afirmaba que su caso se había cerrado por falta de pruebas –escribe Adamova-Sliozberg–. «Había sido arrestada el 27 de abril de 1936 de modo que había pagado ese error con veinte años y cuarenta y un días de mi vida». En ese certificado se aclaraba que Adamova-Sliozberg tenía derecho al pago de dos mensualidades por ella y por su esposo fallecido, así como a una cantidad suplementaria de 11 rublos y 50 kopeks, para compensar el dinero que su esposo llevaba en el bolsillo cuando lo mataron. Adamova-Sliozberg regresó a su apartamento, donde pudo llorar a solas su desgracia:

Llorar por mi esposo, que había fallecido en los sótanos de la Lubianka cuando tenía 37 años, en la flor de su capacidad y de su talento; por mis hijos, que crecieron huérfanos, estigmatizados, como hijos de enemigos del pueblo; por mis padres, que murieron de pena; por Nikolái, que fue torturado en los campos, y por todos mis amigos que no vivieron para ser rehabilitados y yacen bajo la tierra helada de Kolimá.

La suerte de Florenski y de otro millar de presos de las Solovki se decidió en el verano de 1937. Yezhov, que había reemplazado a Yagoda como Comisario del Pueblo para Asunto Internos, ordenó que se redujera la población de los campos y, con una sangre fría estremecedora, envió notificación a las distintas islas del Archipiélago con cifras concretas de las personas que debían ser aniquiladas. En el caso de las Solovki esa cantidad ascendía a 1.200 detenidos. Para el cumplimiento de la orden se concedía un plazo de dos meses, a contar desde el 25 de agosto. El objetivo de la «operación» era:

Represaliar al mayor número de elementos contrarrevolucionarios activos que viven en las cárceles del GUGB [Dirección Central de Seguridad], acusados de espionaje, diversificación, terrorismo, insurrección y bandidaje, así como a los condenados por pertenecer a partidos antisoviéticos y otros contrarrevolucionarios que llevan a cabo actividades antisoviéticas en las cárceles del GUGB.

Según los propios archivos del NKVD (Narodni Komissarat Vnutrennykh del) *, en 1937 y 1938 1.444.923 personas habían sido declaradas culpables de crímenes contrarrevolucionarios. 681.692 fueron fusiladas.

En octubre de 1937 numerosos detenidos de las Solovki fueron trasladados al continente para cumplir la orden de exterminio. Yuri Chirkov, entonces preso en las Solovki, cuenta cómo les reunieron y les ordenaron que se prepararan para el viaje:

A finales de octubre sacaron a todos los ocupantes de las celdas abiertas de la Fortaleza para un recuento general, durante el cual dieron lectura a una larguísima lista (varios centenares de nombres) de prisioneros destinados al traslado. Tiempo concedido para los preparativos: dos horas. El lugar de reunión sería esa misma plaza. Se produjo un desconcierto tremendo. Algunos corrían por sus cosas; otros se despedían de sus amigos. Al cabo de dos horas los presos estaban ya listos con su ropa. En ese momento salieron de las celdas de aislamiento columnas de detenidos con maletas y sacas, y, en lugar de encaminarse a la puerta de San Nicolás, donde estaba el puesto de guardia, se dirigieron a la puerta Sagrada, que daba directamente a la orilla del golfo de la Fortuna. Corrí hasta el extremo de la calle antes de que llegara la columna y vi a todos los que pasaban, fila tras fila, cuatro cada vez. Ante mis ojos surgían fugazmente muchos rostros conocidos y desconocidos. Todos tenían una expresión semejante, absorta y al mismo tiempo preocupada. Entre las personas que desfilaban distinguí al profesor Florenski, luego al profesor Litvinov, con la barba blanca y la cabeza alta. Aparecieron Kotliarevski (con un gorro nuevo de piel) y Vanguengueim (con un abrigo nuevo y una gorra de piel de reno). Me vieron. Me hicieron una señal con la cabeza, pues las manos las tenían ocupadas con las maletas. Las filas seguían pasando, una tras otra. Más de mil detenidos salieron de las Solovki esa brumosa tarde de octubre. Era ya el segundo contingente importante que partía.

* Comisionado de Asuntos internos de los Soviets, predecesor de la KGB, la organización soviética de seguridad interna. (N. d. T.)

El 25 de noviembre de 1937 la troika especial del NKVD de la región de Leningrado ordenó que se procediera al fusilamiento. (Una troika era un conjunto de tres personas capacitadas para dictar sentencia, incluida la pena capital. Así se ahorra tiempo y dinero, y se suprimían de un plumazo todos esos preceptos vacíos de la justicia burguesa: la celebración de un juicio, el concurso de un abogado, la participación de un jurado, el derecho del acusado a defenderse, pues la troika juzgaba *in absentia*; además, esas troikas no eran precisamente un modelo de imparcialidad o ecuanimidad, pues estaban compuestas por un dirigente regional del partido, un representante de la fiscalía y un miembro del NKVD).

Florenski fue fusilado, junto con otros quinientos detenidos, la noche del 8 de diciembre de 1937, en los alrededores de Leningrado, como informaba en la siguiente nota el comandante del NKVD de la región de Leningrado: «La sentencia de la troika del NKVD, según el protocolo n.º 199 del 25 de noviembre de 1937, que solicitaba la pena capital para el detenido Florenski, Pável Aleksándrovich, ha sido ejecutada el 8 de diciembre de 1937, como el presente auto certifica».

Para entender un crimen tan atroz y tan absurdo acaso sólo sirvan de apoyo las escalofriantes palabras pronunciadas por Bertolt Brecht para referirse a la suerte de Kámenev y Zinóviev: «Cuanto más inocentes sean, más merecen morir».

Sigue sin conocerse el paradero exacto de los restos de Pável Florenski, aunque es probable que descansen en el bosque de Sandormoj, donde en julio de 1997 se descubrieron unas fosas comunes en las que están enterrados presos procedentes de las Solovki. Anne Applebaum ofrece la siguiente descripción de ese desdichado lugar:

Como no hay documentos que declaren dónde fue enterrada cada persona, cada familia ha escogido al azar un determinado montón de huesos para venerarlos. Los parientes de las víctimas, hace tiempo fallecidas, han pegado las fotografías de éstas en estacas de madera y algunos han grabado epitafios en los laterales. La-

zos, flores y otros arreglos fúnebres están diseminados por el pinar que ha crecido sobre ese campo de ejecución.

LAS CARTAS

Al enterarse de la muerte de Pável Florenski, el importante teólogo y pensador Serguéi Bulgákov, que entonces vivía en el exilio, trazó una semblanza de Florenski en la que afirmaba que «de todos los contemporáneos con los que he coincidido en el curso de mi larga vida, es el más grande... El padre Pável no sólo era para mí una manifestación del genio, sino también una obra de arte, hasta tal punto su persona era armonía y belleza». Más adelante, añade: «La verdadera obra del padre Pável no está en sus libros ni en sus pensamientos y palabras, sino en él mismo».

Por eso, a más de sesenta años de su muerte, los escritos de Pável Florenski que más interés y atención suscitan son aquéllos de carácter autobiográfico, en concreto las cartas del Gulag y los recuerdos de su infancia en el Cáucaso. En ambas obras se revela en toda su impresionante amplitud y desbordante riqueza la personalidad deslumbrante y los conocimientos asombrosos de Pável Florenski, en verdad una obra de arte en sí mismo.

Nicolái Berdiáiev, que no tenía en alta estima a Florenski, nos da otra clave para entender la especial fascinación de sus obras autobiográficas, en comparación con sus otros ensayos y tratados:

En *La columna y el fundamento de la verdad* no hay nada sencillo, espontáneo, ni una palabra que salga directamente de las profundidades del alma... Por todas partes se percibe la estética y el esteticismo... El padre Pável Florenski –brillante, dotado, extraordinariamente inteligente y erudito, estilista de la ortodoxia– es incapaz de concebir un solo pensamiento, una sola palabra que no haya pasado por el filtro de la estilización.

Ahora bien, las cartas que Florenski envió desde el Gulag carecen de esa posible dosis de estilización, de la excesiva elabora-

ción y complejidad que adornan y a veces lastran algunas de sus otras obras, sin por ello perder un ápice de profundidad, interés y atractivo.

Al redactar esas cartas Florenski no disponía de tiempo ni de espacio para el perfeccionamiento estilístico, para el refinamiento irreprochable, para la sutilización extrema. No obstante, la inmediatez y frescura de las cartas, lejos de perjudicar la exposición de sus pensamientos, le comunican un carácter alado, una bocanada de aire fresco y, por extraño que parezca, una coherencia y una concatenación imprevistas. Acaso ello se deba no sólo a la ausencia de una minuciosidad y complicación excesivas, sino también y principalmente a la necesidad y la perentoriedad de comunicar, de influir, de convencer, de ser comprendido, pues las cartas constituyen una especie de testamento espiritual en el que Florenski combina el consejo con la amonestación, la persuasión con la autoridad, el precepto con la alusión, la ternura con la firmeza, con la intención de transmitir a sus hijos no ya una serie de conocimientos, sino más bien unas reglas de vida, una postura moral, una actitud ante el destino y la realidad que les permita aprovechar mejor el tiempo y ahorrar tribulaciones y sufrimientos innecesarios, siempre partiendo de la premisa, explicitada por Florenski en una de las cartas, de que «el dolor es un componente inevitable de la vida». En ese sentido, en la entrada del 23 de julio de 1925 de *A mis hijos. Memorias de los días pasados*, comenta: «El placer desaparece sin dejar huella en el recuerdo; las alegrías quedan impresas, pero como sombras pálidas y exangües; sólo los dolores más profundos forman nuestra personalidad y le imponen cambios sustanciales».

Es difícil definir el carácter de esas cartas pues, aparte de las indicaciones individualizadas para cada uno de sus hijos y también para su esposa, en ellas se entreveran consideraciones agudísimas sobre arte y música, enjundiosas exposiciones sobre literatura rusa y mundial, máximas filosóficas, razonamientos matemáticos, diagramas, complejas fórmulas químicas, dibujos de la aurora boreal y de secciones de algas vistas al microscopio,

y a veces una conmovedora ternura y un atisbo más o menos velado de desesperación.

En cualquier caso, conviene aclarar algunas peculiaridades y limitaciones inevitables de las cartas. Como recuerda Andronik Trubachov, nieto de Florenski y coeditor de sus *Obras Completas*:

El lector debe comprender que el padre Pável no podía escribir desde el campo todo lo que quería; al contrario, no podía hablar a la familia de lo más importante... La respuesta del padre Pável a las preguntas eternas, para qué vivir y cómo vivir, no se encuentran tanto en el contenido como en el tono.

A ese respecto, Iván Zaitsev cuenta que aquellos presos que revelaban aspectos desagradables del campo o detalles comprometedores para las autoridades se arriesgaban a recibir algún tipo de castigo, incluida una prolongación de la condena de uno o dos años.

Además, todas las cartas expedidas desde los campos estaban sometidas a una estricta censura. En una de sus cartas Florenski llega a compadecerse, uno no sabe si con un punto de ironía o de angelical preocupación, de la titánica labor de los censores, sobrecargados de trabajo, aplastados casi bajo el peso de montañas de cartas. «No es raro que uno de los censores haya sufrido desarreglos nerviosos», comenta Florenski.

También los familiares debían tener cuidado con el contenido de las cartas y sólo podían hablar a medias de las novedades, a menudo dolorosas (pues como parientes de «enemigos del pueblo» eran una especie de apestados y no podían esperar nada bueno), de la vida cotidiana. No obstante, los presos habían aprendido a leer entre líneas, como informa Francisk Olejnovich en sus memorias:

Cuando estaba escrito: «Tu hermana ha enfermado y se encuentra en el hospital», quería decir: «arrestada». Si se decía: «Tu hermano se recupera en un sanatorio», significaba: «ha acabado en un campo». Si en la carta se comentaba: «El médico considera que el cli-

ma local le sienta mal a tu padre», había que entender: «Papá ha sido deportado a la región de Narim o a la taiga de Pecherskoie».

Gracias a esa especie de correspondencia cifrada, Yevguenia Guínzburg pudo comunicar muchas cosas de importancia a su madre y a su vez recibir información de sus seres queridos:

Tenía que lograr comunicar a mi madre todo lo posible y saber por ella otro tanto sobre mi marido, sobre los niños, sobre todos los parientes y los amigos. Pero ¿cómo hacerlo? Elegimos escribirnos en tercera persona. Nos preparamos con tiempo. En primer lugar teníamos que inventarnos un segundo nombre. ¿Qué derivado existe de Yevguenia salvo Zenia? Bien: Zenia. La pequeña Zenia, la hermanita de Natasia. Mandé a mi madre una carta con esta frase enigmática: «No te aflijas tanto por los niños. Yo considero que nuestra pequeña Zenia, por quien te preocupas, no está tan mal. Ten en cuenta que ella ahora no está sola, sino con una tía que, estoy convencida, la quiere bien». Mi madre comprendió. De acuerdo, respondió: estaba dispuesta a creer que a nuestra Zenia le iría todo bien. Pero ¿acaso la tía no tenía un carácter un poco sombrío? ¿Permite a la niña pasear, encontrarse con las amigas? Mamá quería saber si yo estaba incomunicada. El sistema funcionó perfectamente. Escribiendo de todos como si fuesen niños, nos comunicábamos las informaciones más inadmisibles para el carcelero sin suscitar sospechas de ninguna clase. En la misma forma me informaba de la detención de Shura Koroliova, hermana de mi marido. Primero mi madre me había comunicado: «Shura ha cambiado de oficio. Ahora trabaja en un garaje». Teniendo en cuenta que Shura era profesora de historia rusa, semejante «cambio de oficio» sólo podía significar la expulsión del partido. Y en la carta siguiente había escrito: «Shura ha ido a reunirse con Pavel». Por tanto, no había duda sobre su suerte. Continuamos esa correspondencia durante dos años. Mamá me daba solícitamente noticias de mis hijos y yo la creía.

Como se desprende de la propia correspondencia de Florenski, las cartas desempeñaban un papel fundamental en la vida de los detenidos; de hecho, uno de los castigos más temidos era la privación de recibir correspondencia. Además del componente emotivo y de la carga desbordante de sentimientos, las cartas

constituían el único vínculo de los presos con el mundo de los vivos. Exclama en sus memorias Olejnovich:

¡Las cartas! ¡Qué felicidad inefable, qué alegría inmensa recibir en invierno, en esta isla maldita separada del resto del mundo, una carta de un ser querido que siente nostalgia de ti, que se preocupa de tu destino, que trata de ayudarte a sobrevivir... ¡Las cartas! Y qué amarga desilusión para quien no las recibe.

Para una mejor comprensión de la correspondencia de Florenski conviene señalar dos peculiaridades de la censura. La primera era la imposibilidad de citar el nombre de Dios; por ello en las cartas de Florenski apenas hay alusiones a la divinidad ni a la religión. La segunda consistía en la prohibición de referirse a otros detenidos por su nombre y apellido; de ahí que Florenski recurra a menudo a fórmulas del tipo «un químico», «un armenio», «un hombre joven».

Florenski concedía un valor enorme a estas cartas, pues era el único medio que le quedaba de influir en sus hijos, de supervisar su educación, de transmitirles su experiencia y, en el caso de los hijos mayores, sus conocimientos especializados de ciencia, técnica e ingeniería. Desde 1917 era consciente de que se había iniciado una nueva época en Rusia en la que «nadie puede estar seguro de lo que le sucederá mañana». Esa preocupación y ese temor le habían llevado a la redacción de los recuerdos de infancia, dedicados a sus hijos, así como a la elaboración de un *Testamento* para los mismos destinatarios, iniciado el 11 de abril de 1917 y concluido el 19 de marzo de 1923. Son unas pocas páginas, llenas de preceptos, de sentencias, de consejos y de ruegos de un padre temeroso y atribulado, sabedor de que le espera un destino incierto y una probable separación. En ellas vibra el cariño, la preocupación angustiada y la obsesión acuciante por inculcar los valores de la familia, del pasado, de la estirpe: «Tratad de fijar por escrito todo lo que podáis sobre el pasado de nuestra estirpe, de la familia, de la casa, de los muebles, de las cosas, de los libros, etc. Tratad de reunir retratos,

escritos autógrafos, cartas, obras impresas y manuscritos de quienes hayan tenido relación con nuestra familia y nuestra estirpe, de conocidos, parientes y amigos».

La familia, la estirpe, el pasado son de importancia capital para Florenski, que en una ocasión ruega a su madre que redacte para él todos los recuerdos de su vida, todas las semblanzas y retratos de familiares que su memoria haya podido preservar, y en otra carta a su tía Z.I. Florénskaia-Strukovskaia le solicita cualquier documento, testimonio, perfil o remembranza, por insignificante que sea: «Me interesa cada fragmento, cada línea, pues hasta lo más pequeño arroja a veces una luz inesperada sobre lo más importante; en definitiva, cualquier menudencia me resulta preciosa y querida». La idea de pensar que un solo documento, un solo destello de vida pueda perderse por su propia desatención, por descuido, por simple dejadez, le aterra y le angustia: «En cuanto esa idea me viene a la cabeza, no puedo dominarme: que tales documentos desaparezcan es como pensar en la muerte de los seres queridos».

Según Florenski, «la estirpe es una sola cosa y no la suma de las generaciones sucesivas». Es decir, cada miembro de una genealogía constituye una parte de un organismo superior, supraindividual, al que cada representante sirve y cuyos objetivos –históricos, vitales, sociales– contribuye a cumplir. En definitiva, cada persona se convierte en custodio no sólo de sus propios recuerdos, sino de la memoria de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados. «Para encontrar el lugar propio en la historia –escribe Florenski– es necesario registrarse históricamente, encontrar las coordenadas propias en la historia, la propia longitud y latitud genealógicas».

El tiempo es otra de las ideas que aparece una y otra vez en las cartas. La permanencia del tiempo, su eternidad. Según Florenski «el pasado no se pierde, se conserva eternamente en alguna parte y de algún modo, sigue siendo real y actuando». La humanidad vive en el presente: «Cualquier tiempo nos es dado en un cierto ahora... Cualquier hecho se produce *in actu*, ahora, en un momento dado». Pero el pasado no desaparece, sigue vivo, en

espera de que alguien lo convoque o lo despierte: «Las rocas sedimentadas me parecen una prueba directa de la realidad eterna del pasado –escribe–; aquí están los sedimentos del tiempo, durmiendo uno sobre otro..., pero si hago un esfuerzo estoy seguro de que hablarán conmigo; fluirán con el ritmo del tiempo, resonarán con las olas de las edades».

En las cartas del Gulag, Florenski confiesa que siente más cerca el pasado lejano que el inmediato o el presente. Por eso, a medida que la correspondencia avanza, van adquiriendo más consistencia y relieve las figuras de sus padres, de sus hermanos y de su tía Yulia, así como los recuerdos de infancia en el Cáucaso, velados de esa bruma nostálgica de lo irrecuperable, de lo inevitablemente perdido; de esa profunda y serena desolación que envuelve la rememoración de las personas fallecidas, los lugares desaparecidos, los objetos olvidados, la vida ajena y propia barrida por el oleaje insaciable del tiempo. Pero Florenski aclara, a modo de consuelo o acaso con secreta pesadumbre: «Todo pasa, pero todo queda».

Ahora bien, el tiempo que se ha concedido al hombre es breve, limitado, angustiosamente concreto. Por tanto, hay que aprovecharlo del mejor modo para adquirir el mayor número posible de saberes. Para Florenski la acumulación de conocimientos es como la ascensión a una montaña que no termina nunca: «Casi cada año nos trae nuevas dificultades; de la misma manera, un vagabundo encuentra en su ascensión a las montañas una elevación tras otra, aunque siempre piensa que esa elevación es la última, y que va a alcanzar la verdadera cumbre». En cualquier caso, esa aspiración al conocimiento debe ser desinteresada. En una carta a su mujer habla incluso del «don de la gratuidad» y en el *Testamento* aconseja a los hijos que el único objetivo de sus estudios sea el propio saber, que no busquen como recompensa de sus afanes «el poder, la riqueza o el prestigio», y a la vez les previene especialmente contra la envidia: «la mezquindad, la bajeza, las murmuraciones insolentes, la maldad, las intrigas: todo proviene de la envidia».

Igual que en los recuerdos de infancia, en las cartas el estudio y la observación de la naturaleza ocupan un lugar preeminente. En

particular, Florenski trata de transmitir a los hijos el gusto por lo concreto, por lo tangible, por lo real. El estudio de la naturaleza debe basarse en un conocimiento directo, no en esquemas o abstracciones. Esas impresiones primarias deben constituir una especie de esqueleto o armazón sobre el que se apoyen todas las investigaciones posteriores. Antes de buscar informaciones en los libros, hay que establecer una serie de referentes reales, concretos: una hoja, una flor, un tronco, un simple color, el resplandor de la luna.

La naturaleza no sólo tiene valor como objeto de estudio, sino también como consuelo, como remedio que cura los sinsabores y los reveses de la vida: «Observad más a menudo las estrellas –escribe Florenski a sus hijos en su *Testamento*–. Cuando tengáis un peso en el corazón, contemplad las estrellas o el cielo azul. Cuando os sintáis tristes, cuando os ofendan, cuando algo no salga bien, cuando la tempestad se desencadene en vuestro ánimo, salid al aire libre y demoraos a solas con el cielo. Entonces vuestra alma encontrará la quietud».

Las cartas del Gulag, como el *Testamento*, constituyen una suerte de legado espiritual, aunque su carácter y su concepción son muy distintos, por razones no sólo personales (habían pasado diez años, estaba recluso en un campo de concentración, sus palabras eran sometidas al control implacable de la censura) sino meramente materiales.

En primer lugar, Florenski podía escribir un número restringido de cartas, a menudo sólo dos o tres al mes. Únicamente los trabajadores «ejemplares» (categoría que a veces mereció Florenski) recibían como prebenda el derecho a mantener una correspondencia más copiosa. Ese hecho le obligaba a pasar por alto muchas preocupaciones, a dejar de lado cuestiones accesorias y secundarias.

También había que contar con la dificultad de procurarse papel y lápiz. En concreto, para ahorrar papel Florenski empleaba una escritura muy menuda y en lugar de puntos y aparte utilizaba guiones. A todo eso hay que añadir que la redacción de las cartas requería tiempo libre y unas condiciones propicias que permi-

tieran una mínima concentración y un resquicio de intimidad, aspiración casi imposible en la vida masificada de los campos.

Las cartas se dividen en diversas secciones, cada una con un destinatario distinto. Son, pues, cartas plurales, en las que Florenski se dirige por separado a cada miembro de la familia, hablándole con la voz que mejor se adapta a su carácter y a su edad, y ocupándose de los temas que más pueden interesarle o sobre los cuales Florenski quiere apuntalar algunos conceptos o principios. En consecuencia, el tono también varía de un corresponsal a otro: más íntimo con la mujer, más respetuoso con la madre, más delicado –a veces tierno– con los hijos pequeños, más varonil con los mayores.

En la presente selección se han privilegiado las cartas destinadas a la mujer y a la hija Olga y se han incluido pocas de las dedicadas a los hijos Vasili y Kirill, más especializadas, llenas de arduos conceptos científicos, fórmulas y explicaciones técnicas, así como de razonamientos sobre cuestiones químicas y físicas de no fácil comprensión.

En particular las cartas a la hija Olga componen un curso de literatura y también de estética; en ellas Florenski expresa sus opiniones –de una deslumbrante hondura y originalidad– sobre la naturaleza del discurso poético, sobre la concepción del mundo de Tiútchev, sobre la precisión y la musicalidad de Pushkin, sobre el arte de Balzac o de Shakespeare, sobre la maestría de Goethe. De especial interés son las dedicadas a los principales representantes del movimiento simbolista –Balmont, Briúsov, Bieli– a los que conoció y trató personalmente. En las cartas a Olga también se pone de manifiesto su pasión por la música y su especial predilección por Mozart, que le retrotrae al mundo mágico de la infancia: «Cada vez que oigo a Mozart vuelvo a reconocer con estupor esa claridad, ese paraíso dorado que la humanidad ha perdido». Curiosamente también en Cernuda la música de Mozart despierta «sueños idos del ser que fuimos y al vivir matamos».

En su conjunto las cartas producen asombro, pasmo, admiración, no sólo por el alcance y la profundidad de los conociemien-

tos, por la facilidad expositiva, por la claridad de las reflexiones, sino también por la serenidad apabullante, por el equilibrio asombroso y el ansia de comprender y compartir, en medio de un ambiente deshumanizado y groseramente cruel, sembrado de muerte y de horror. Florenski rara vez se deja ganar por la desesperación o al menos no se abandona hasta el punto de comunicarla a sus deudos. Sólo en algunos pasajes resuena la amargura extrema, la vaciedad infinita del alma, la herida inconsolable de una ruina total, como en el siguiente comentario de una de las últimas cartas, escrita en una nave destartada (las autoridades del campo le habían obligado a trabajar de vigilante nocturno) en la que aúlla el viento y se condensan la soledad y la desesperanza: «Son ya las seis de la mañana. La nieve descende por el arroyo y un viento enfurecido hace girar los remolinos de nieve. En las naves vacías golpean las ventanas con sus cristales rotos, el viento sopla e irrumpe en la habitación. Hasta mí llegan los gritos angustiados de las gaviotas. Y siento con todo mi ser la insignificancia del hombre, de sus obras, de sus afanes...».

En *El vértigo* Yevguenia Guínzburg cuenta el caso de una mujer llamada Nina Gviniasvili, «artista refinada e inteligente», con unos espléndidos ojos verdes, admirados por todas sus compañeras de infortunio. Un día, trabajando en uno de los campos de Kolimá, una de las máquinas empleadas para cargar los silos se estropeó y de sus entrañas salió volando una rama dura que fue a clavarse en el ojo derecho de Nina Gviniasvili. Yevguenia Guínzburg logró entrar en el hospital del campo en compañía de una joven llamada Pava Samoliova. Le llevaban un poco de azúcar a la amiga malherida, con intención de reconfortarla, pero cuando contemplaron su rostro, privado de uno de aquellos magníficos ojos, se quedaron «abrumadas y en silencio junto a su lecho». Entonces Nina acarició la mano de Pava y le dijo:

—No te preocupes, muchacha. Para ver una vida como ésta basta con un solo ojo».

BIBLIOGRAFÍA

- Adamova-Sliozberg, Olga, *Put*, Moscú, 1993.
- Applebaum, Anne, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, 2004 (traducción de Magdalena Chocano).
- Brodski, Yuri, *Solovki. Le isole del martirio*, 1998.
- Bulgakov, Serguéi, *Otets Pavel Florenski*, en Pável Florenski, *Sobranie sochineni, I, Stati po iskusstvu*, París, 1985.
- Chentalinski, Vitali, *De los archivos literarios del KGB*, Madrid, 1994 (traducción de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova).
- Chirkov, Yuri, *A bilo vsio tak*, Moscú, 1991.
- Florenski, Pável, *Sochinenia v chetirej tomaj*, Moscú, 1998.
- —, *Detiam moim. Vospominania proshlij dnei. Genealogicheskie issledovania. Iz solovetskij pisem. Zaveschanie*, Moscú, 1992.
- Guínzburg, Yevguenia, *El vértigo*, Barcelona, 1974 (traducción de Fernando Gutiérrez).
- Hosking, Geoffrey, *Russia. People and Empire, 1552-1917*, Londres, 1997.
- Lijachov, Dmitri, *Vospominania*, San Petersburgo, 1995.
- Rayfield, Donald, *Stalin y los verdugos*, Madrid, 2003 (traducción de Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage).
- Razgon, Lev, *Nepriidumannoie*, Moscú, 1989.
- Solzhenitsin, Aleksandr, *Archipiélago Gulag*, 2 tomos, Barcelona, 1974-1976 [traducción de L. R. Martínez (tomo I) y Lucía Gabriel (tomo II)].
- Valentini, Natalio, *Geometrie dell'anima, tra fiaba e scienza*, en Pável Florenski, *Ai miei figli. Memorie de giorni passati*, Milán, 2003.
- —, *L'arte della gratuità*, en Pável Florenski, *Non dimenticatemi*, Milán, 2000.